

ciencia social cambiase también se necesitaba que adviniese una religión imbuída en el espíritu evangélico de Cristo y no en el cesarismo pontificio de Roma. Pero todos estos pensadores, lo mismo Quinet que Michelet, olvidan á una cuanto hiciera el mundo latino para cambiar su conciencia religiosa mucho antes de que cambiara su condición política. Es indudable que llega el apogeo de lo que podríamos llamar la teocrática feudalidad hasta el siglo décimo, hasta que, por haber pasado el año mil, se disiparon los terrores teológicos; y es indudable que llega el apogeo de la feudalidad militar, quien reemplazó la feudalidad sacerdotal hasta el regreso de las Cruzadas. En el siglo duodécimo estalla el gran movimiento democrático de las Comunidades y este gran movimiento democrático de las Comunidades aparece á impulsos del combate antiguo entre la Sede Pontificia y la Sede Imperial, movimiento protegido por los Papas en odio á los Emperadores. Todos los gibelinos son imperialistas y todos los güelfos son demócratas. Quiere decir gibelino, devoto del Emperador; quiere decir güelfo, devoto del Papa. Gibelino equivale á realista; güelfo equivale á republicano. Pues, dadas las costumbres guerreras de los siglos medios, habían de ir á las manos estos realistas y estos demócratas por fuerza. No significa otra cosa el combate cruento entre Federico Barbarroja y Alejandro III, aquel Emperador de la gente germánica, Papa de los católicos éste, sino que un combate mortal se ha empeñado entre la monarquía y la democracia. Triunfaron los demócratas y surgieron las Repúblicas italianas, Repúblicas municipales, sobre las que, y sobre las reminiscencias de los antiguos municipios romanos, debían establecerse todos los municipios europeos desde las ciudades anseáticas célebres hasta las no menos célebres comunidades castellanas. Así llegó á surgir en plena Edad Media el germen de la democracia moderna. Fueron las Repúblicas italianas como ramilletes de donde surgieran las mariposas del Arte, como colmenas donde volaron las abejas del trabajo. Las unas, como Amalfi, encontraron la brújula y las Pandectas; encontraron las otras, como Génova, el célebre signo de comercio llamado letra de cambio. Aquí hubo una Florencia, la cual elevaba el Renacimiento; allí una Venecia, la cual extendía por Asia el genio latino, como los helenos de otros tiempos extendieron el genio griego. En sus senos Buschetta halló la grúa tan útil á las construcciones; Pisa la escultura moderna, Paladio el renuevo de las artes arquitectónicas, el género humano la nueva Grecia.

Los previsores en la gente latina comprendieron que no podían sustentarse las Comunidades, sino adaptándolas á un Cristianismo democrático, y comenzaron á predicar el Evangelio, tal como se halla escrito, inspirado por el bendito amor á los pobres. Comenzó tal predicación el incomparable San Francisco. Como el progreso no salta, camina y camina despacio, á los señores feudales de la campiña sucedieron los podestas de las ciudades. Cayó el castillo feudal y se levantaron los palacios señoriales. El señor, acorralado como una fiera, supo trasladarse del campo al poblado. Allí se propuso corromper la de-

mocracia, unas veces con su oro, otras subyugarla por las armas, y siempre oprimirla. Entonces hubo frente á esta nueva forma del despotismo feudal hombres inspirados, penitentes virtuosos, verdaderos solitarios profetas, como los del Libano y del Carmelo, que frente á la soberbia del potentado conocido con el nombre de Podestá, levantaron la pobreza, la humildad, la predicación, el apostolado sencillo, reemplazando las púrpuras con estameñas, y ciñendo, no férreas armaduras, el sayal pegado al cuerpo y el cingulo ceñido á los riñones. Antes, mucho antes que Lutero había pensado Francisco renovar el Cristianismo, convirtiéndolo de religión amoldada entonces á la feudalidad, en religión amoldada para siempre al plebeyo y al humilde. No pensó Francisco, no podía pensar en tal cosa, no pensó en rehacer el dogma. Entre la gente nuestra no cabía tal temeridad; pero sí pensó democratizarlo de suerte que sirviesen sus principios á las democracias modernas, siempre, hasta la consumación de los tiempos. Es indudable que si la escuela franciscana, como influyó en la poesía por Dante, y en la pintura por Giotto, y en la Metafísica por Bnenaventura, hubiese influído en la política, impide la revolución religiosa de Lutero, adaptando el Cristianismo á los progresos posibles en toda la eterna sucesión del tiempo. Con menos brillo, con más fuerza política, el gran ibero San Antonio defendió la República y contrastó la tiranía en Padua, como Francisco había contrastado este monstruo en Asís también. ¿Qué más podía pedirseles? ¿Por ventura, creéis que hubiera servido de algo una heregía? En primer lugar no pasaba ni un asomo de tal pensamiento por sus inteligencias de una ingenuidad católica incomparable, y en el segundo lugar no les hubiera seguido nunca jamás el pueblo, pero ellos democratizaron el Cristianismo. Y es tan cierto esto de que lo democratizaron volviéndolo al tiempo evangélico, al primitivo tiempo cristiano, como es verdadero y cierto el subsiguiente impulso del pueblo cristiano al régimen parlamentario, representado por los Concilios de Constanza y Basilea, como es cierto el esfuerzo de Savonarola, más concienzudo y sistemático que los esfuerzos de San Francisco y San Antonio para hacer de la Iglesia del Papa una República de Cristo. Pocas Asambleas recuerda la Historia como los dos grandes Concilios de la Edad Media. Si Eugenio IV, si Juan XXIII y demás Pontífices de aquel tiempo los hubieran oído, no estallara la revolución religiosa y no viniera, como vino, por desgracia, el fraccionamiento de la unidad católica. Si marraran las dos Asambleas ecuménicas del Catolicismo en los siglos medios, también marraron las tres Asambleas progresivas de la revolución francesa en el siglo último. No perdonó medio nuestra raza de impedir la revolución religiosa; valiéndose de todos los medios que significaban medida, progreso, evolución. También se quiso hacer una revolución por el arte, que impidiendo las reacciones bizantinas á los cuadros y mosaicos hieráticos, abrazase toda la humanidad en una síntesis precursora del humanismo contemporáneo, sin dejar por eso de ser profundamente cristiana. Rafael, nada menos que Rafael, personifica esta fase por estudiada de la revolución universal, por lo que

puede contarse con acierto y con verdad, entre los precursores y los bautistas de las libertades modernas.

Así bien podemos asegurar que todos los esfuerzos, empleados en democratizar el Cristianismo durante la revolución francesa y después de la revolución francesa, todos, han tenido sus precedentes y sus predecesores naturales en la Edad Media. El abate Fanchet, por ejemplo, no quería derivar la democracia del cenáculo enciclopedista; quería derivarla del cenáculo cristiano, viendo en las bocas de los oradores suscitados al soplo revolucionario el carbón ardiente ó brasa de Isaías; sobre sus cabezas, las lenguas de fuego llovidas sobre las cabezas de los apóstoles por el espíritu divino en Jerusalén; latente dentro de cada frase, por la idea nueva sugerida el Verbo creador. Así tenía esta doctrina una semejanza muy grande con la doctrina de San Francisco y su palingenesia también por su parte con el quinto Evangelio imputado al Abate Joaquín de Flora, secuencia y complemento del Evangelio de San Juan. Y cuando Lacordaire se desceñía de los lazos, conque intentaron atarlo sus correligionarios á la vieja legitimidad, y entraba en la Constituyente del cuarenta y ocho vestido de dominicano, recordaba otro dominicano célebre, tan fecundo y orador como él, recordaba el inmortal Savonarola, muerto por la democracia cristiana y por la república de Cristo. No hay grande pensador cristiano en todo el siglo sin su raíz dentro de la revolución, como no hay en la revolución principio fundamental ninguno contrario al Cristianismo. Esos prelados parlamentarios, alguno de los cuales vive todavía, opuestos en su corazón y en su pensamiento al absolutismo pontificio, por el Concilio tridentino dispuesto; y sobrepuesto á la Iglesia de un modo inverosímil, por el Concilio Vaticano, esos parlamentarios como Strossmayer y Dupanloup, provienen también de la Edad Media del Concilio de Basilea, celebrado el siglo décimoquinto, donde un maestro, Gerson, autor del libro *la Imitación de Jesucristo*, al mismo tiempo que creía y predicaba el dogma y la moral con arreglo á los principios de la más rigurosa ortodoxia, creía y predicaba también el Parlamento católico, la República cristiana con arreglo á los más avanzados ideales políticos. Y á nuestra vista el arzobispo de Maguncia, monseñor Ketelett, pidiendo á la caridad cristiana el auxilio para las sociedades jornaleras colectivas pedido por Lasalle al Imperio y al Estado; el canónigo Hitze apostolizando el socialismo contemporáneo más radical y proponiendo á la legislación civil auxilios en sus presupuestos destinados á refrenar los excesos de usureros, de capitalistas, de propietarios; el Padre Wysse, desacatador de todos los individualistas al punto de llamar, desde su modesta medianía, pésimos estadistas á Thiers y Gambetta, porque no creían en las fórmulas comuneras del círculo todo social, como saben cuantos han seguido el curso de las ideas eclesiásticas en Viena; Mermillod, escandalizador de la sociedad elegante parisién por haber ido á Santa Clotilde desde su diócesis helvética, maldiciendo la ignorancia en los ricos de las obligaciones con que grava el Evangelio á la

propiedad y de los derechos con que reviste al trabajo; el conde Mun, gran orador católico en Francia, y el apóstol de la democracia cristiana en Bélgica, Ilué, creyendo interpretar á Santo Tomás en sus agremiaciones artificiales del jornalero é interpretando sólo el colectivismo de Carlos Marx, Yreland en América, Manningh en Inglaterra, por no eternizar este homérico recuento, resucitan en sus utopías religiosas, en sus visiones parecidas á los Apocalipsis de Babilonia y de Patmos, en sus sentencias fulminadas sobre las coronas de los Reyes, en sus discursos tribunicios con dejos amargos de una terrible demagogia todos cuantos de la Edad Media predicaron la democracia y la República, como San Francisco adversario del lobo feudal que devoraba Galio, como San Antonio maldiciendo en su trono al tirano de Padua, como Arnald de Brescia erigiendo la reciente filosofía rebelde y la República romana novísima en lo alto del Aventino contra la sede levantada en el Vaticano, los cuales representan una genealogía tan alta y sublime de la revolución, que debemos ante algunos de ellos detenernos, si deseamos conocer la República, la Libertad, la Democracia en nuestra historia del siglo.

Pocos hombres merecen tanto como San Francisco el recuerdo que le tributan creyentes é incrédulos en su propia patria. El error de juzgar los personajes históricos de seis siglos atrás como si aun estuvieran vivos, y participaran de nuestro espíritu y de nuestra vida social; ese tristísimo error, tan divulgado antes, ha caído ahora, poco á poco, en desuso. Para la superficial crítica enciclopédica de la última centuria, el joven calavera y aturdido que abandona el hogar, deja la familia, huye de la patria, encerrándose allá en las cavernas para obtener místicas visiones, y luego explicarlas á las gentes entre ataques de nervios desordenados y accesos de informe y veheméntísima elocuencia, merece, no los altares consagrados á los santos, sino los manicomios establecidos para los dementes. Mas nosotros no podemos aceptar, no, tan ligero juicio; para nosotros, conocedores del mundo feudal y de sus bárbaras usanzas, habiendo medido las raíces de los castillos feudales en el suelo alodial europeo; habiendo alcanzado cuánto esfuerzo se necesitaba si habían de quebrantarse aquellos altos bastiones y derretirse aquellas férreas coronas; el hombre que opone á la fuerza la debilidad; al endiosamiento de los ricos la increíble apoteosis de los pobres; á la guerra perpetua el amor y la caridad; á los timbres heráldicos y á las genealogías nobiliarias una democracia religiosa, la cual acepta por sus obras y no por sus orígenes, á las gentes; ese hombre, tan evangélico, lleno de fe y poseído de esperanza, únicamente puede compararse con aquel otro Redentor, que ante la despótica Roma imperial asentada sobre las espaldas de sus siervos, y ebria con la borrachera de sus tiranías, predica la igualdad de todos los seres humanos y arranca de las ergástulas y de las gemonías, donde sólo se oía el resuello de un trabajo envilecido y el tormento de una eterna vergüenza, la ignominiosa cruz, el patíbulo de los esclavos, para elevarla en sus brazos de mártir, empapándola con su sangre, á la cima de las sociedades huma-

nas, y ofrecerla en adoración como signo de libertad á todas las generaciones. Francisco, joven obscuro, de ligera vida, de sensuales costumbres, de vulgar origen; modesto comisionado de una casa de comercio; sin ninguna instrucción y sin otro género de aspiraciones que el facilísimo logro de los placeres connaturales á su clase y edad; siente un día que idea extraña, como centella eléctrica y corriente magnética, se difunde por fibras, venas y nervios en él, conmoviendo todo su sér, y agitado, febril, convulso, arroja lejos de sí los brocados de fiesta y ciñe con cuerda de tosco esparto sus riñones y cubre con sayal de burda estameña sus carnes y escoge la penitencia para sí como la predicación para los demás con tal entusiasmo, que obra verdaderos milagros; y á sus sollozos, á sus cánticos, á sus versos, la tierra se agita como impulsada por palpitaciones misteriosas; las avecillas del cielo suspenden su inquieto volar y corren á escucharle todas á una en canoras bandadas; los lobos del desierto pierden su nativa crueldad y le lamen las llagadas plantas; los niños de teta dejan el pecho de sus madres para recoger aquellas miradas de fuego; los jóvenes renuncian á los placeres para imitarlo en las maceraciones; las doncellas cuelgan sus blancos velos y sus largas cabelleras del altar para desposarse con su idealismo religioso; los señores créense iguales á los siervos y los ricos comparten con los pobres sus tesoros; alzan los arquitectos naves místicas en cuyos senos van los planetas oscuros á los cielos etéreos; trazan los escultores santos, que viven absortos entre los iris formados por las lámparas del santuario y las notas despedidas por los tubos del órgano; llaman los pintores á los ángeles y serafines para que descendan desde las cumbres del Empireo y traigan en sus labios los ecos de la palabra creadora; cantan los poetas en lengua no aprendida todas las expansiones del amor animado en el divino fuego; predicán los teólogos una lengua más espiritualista y más cercana de la verdad eterna; se transforma el férreo mundo feudal donde se hallaban remachadas las últimas cadenas y reunidos los últimos siervos, entreviéndose allá, en los celajes y albores de la nueva idea, que así como la Biblia fué completada por el Evangelio, el Évangelio será completado con otras revelaciones, y después de la idea del Padre, después de la idea del Hijo y del Verbo, vendrá la idea del Espíritu á extinguir las llamas del infierno y á traer para la humanidad, transfigurada y libre, nuevas y consoladoras esperanzas.

Yo he visitado en Asís la tumba del pobre mendicante, guardada dentro de los abismos del triste planeta nuestro y en aquella soledad, al oír la gota de agua destilada por las cavernas como una lágrima de lo desconocido, y al palpar las sombras, semejantes á los misterios de un sueño eterno, he recordado que los progresos universales y sus hemisferios diversos están señalados en el tiempo y en el espacio por otros tantos sepulcros; que un sepulcro, el de los Faraones, en las Pirámides, separa el mundo oriental del mundo occidental; otro sepulcro, el de Cristo, en Jerusalén, separa la Historia antigua de la Historia moderna; otro sepulcro, el de Mahoma, en la Meca, separa en su raza y su gente la

edad pagana de la edad monoteísta; otro sepulcro, el de Carlo-Magno, en Aquisgrán, separa los tiempos teocráticos de los tiempos feudales y militares en el primer hemisferio de la Edad Media; otro sepulcro, el de San Francisco en Asís, separa los tiempos militares de los tiempos civiles y democráticos en el segundo hemisferio de la Edad Media; como si el sepulcro de los humanos fuera la cuna de sus ideas, y se identificaran cuna y sepulcro en la Historia eternamente, al modo que se identifican y confunden á su vez en la Naturaleza el amor y la muerte. No pidáis á la humanidad el progreso en línea recta. Instrumentos ayer muy útiles, quedan inútiles por la invención de otro instrumento superior, mas, no puede negarse, no, su manifiesta utilidad en el respectivo tiempo y en la respectiva sazón, cuando no los habían reemplazado mejoras y perfeccionamientos indudables. El que hoy tengamos una caldera impulsadora de los barcos en los mares contra huracanes y oleajes; una locomotora vertiginosamente rápida, llevando en sus arrastres pesadas moles, no empece á sentir y reconocer cuántos servicios al género humano prestara el primero en tender la tenue lona al viento y el primero en atar los caballos y uncir los bueyes al carro. Indudablemente, asociaciones superiores han quitado su eficacia y virtud al monasterio, como se la quitaron también al gremio. Una vez creada la Universidad en los mismos siglos medios, no tuvieron los conventos la ciencia de Salamanca ó de Alcalá, ni el poder de París ó de Oxford. Pero si esto es cierto, no es menos cierto que la sociedad ha recibido en épocas dadas impulsos bien soberanos del claustro, y que Monte-Casino en las irrupciones tremendas de los bárbaros, Cluny en las sombras espesas del siglo undécimo, Asís al iniciarse la Edad moderna, y resentirse de suyo el régimen feudal sobre sus cimientos, han sido como faros luminosos en tormentosa noche, como nortes en extravío y descamino completos, como ideales de luz espiritual, á cuyos rayos benéficos se ha vivificado la esperanza y se ha tejido la vida. Quitad San Benito del diluvio universal germánico, y veréis cómo el trabajo se pierde, por desgracia, entre los empeños de la guerra, y cómo la ciencia se apaga en la universal inundación de sangre. Quitad el monacato cluniense del tiempo de los grandes terrores, acompañados de infinitas desesperaciones, quitad el primero de los monjes de Cluny, Gregorio VII, y veréis como el catolicismo no puede, combatido por la fuerza del brazo imperial y del brazo feudal, crear la unidad íntima del Occidente europeo, ni mucho menos impedir el restablecimiento de las castas orientales por medio de aquellos obispos contrastados por el influjo moral de una teocracia progresiva, cuyo reinado trajo, como habían soñado los platónicos y los estoicos en su tiempo el predominio saludable sobre la fuerza y sus violencias del espíritu y sus ideas. Pues servicios análogos, si no iguales ó superiores, presta el humilde penitente de Asís. En su cabeza mística resplandecen como una incomunicable aureola divina, los albores del espíritu moderno; en sus labios perfumados por la miel de tantas oraciones, vagan los balbucesos del pensamiento emancipado; en su doctrina cristiana se contienen todos los gérmenes fecundos de la re-